

# La Montaña de Bicicletas

Andrés Felipe Guerrero-Moisés<sup>1</sup>

Una sobre otra, sobre otra, sobre otra y otra encima de esta última. Algunas hacia los lados. Todas rotas, chatarra. Rines y ruedas, marcos y llantas. Todas hechas una gran montaña, un entramado de lata. Todas con un nombre propio y un apellido, bicicletas, óxido y olvido.

La montaña de bicicletas no solo es aquella montaña que nos enteramos de que existió cerca de uno de los refugios indígenas más representativos cerca de San José del Guaviare. También es el título que acompaña al texto y la forma en la que este será presentado: arrumando conceptos, teorías, experiencias, historias, anécdotas y varios más. Todas viajando a la velocidad del sonido de una bicicleta cuyo uso final será precisamente este último viaje: hacer una montaña que invite a ser escalada, para, en su cima, vislumbrar los aspectos que comparten los peldaños que son temas, con la verdad por ser descubierta en el horizonte. Y la montaña ya vista desde arriba, base piramidal con estructura de metal, es un nido de comején que se alza en el llano que verá aquel que visite este mundo interpuesto que va hacia el Amazonas, en el suroriente de Colombia.

Al igual que el nido de comején, cuyas montañas surgen en la superficie, pero encierran un entramado inmenso de túneles y de sistemas de refrigeración cuidadosamente diseñados debajo de la tierra, la montaña de bicicletas esconde todo un esqueleto articulado de historias, anécdotas y tragedias, enterradas bajo la coraza metálica de la artificial montaña. Este monumento fue realizado por los indígenas Nukak Maku en algún punto de la historia reciente, luego de tener contacto con la sociedad occidental después de 1988. Lastimosamente, de unos meses para acá, este grupo indígena se ha convertido en una situación particular para los habitantes de San José del Guaviare, las razones son varias, los efectos también. Pero si hay algo que decir es que un buen comienzo y un buen final para toda la historia es esta montaña de bicicletas.

---

## Cómo citar este artículo

Guerrero-Moisés, A. F. (2024). La montaña de bicicletas. *Zegusqua*, (3), 17-32.

---



<sup>1</sup> Estudiante de Licenciatura en Lenguas de la UPN, del grupo de Estudios Culturales. andresymedio@outlook.com

Esta historia, que al comienzo es más bien una anécdota, surge en el primer día de investigación de un grupo de Estudios Culturales de la Universidad Pedagógica Nacional al cual pertenezco. Darío Alfonso Montoya, director de la Biblioteca Pública Departamental nos cuenta que, hace unos meses, algunos Nukak comenzaron a tomar prestadas las bicicletas que se encontraban parqueadas en San José del Guaviare y las utilizaban para transportarse a su resguardo, a las afueras de la ciudad. Luego las dejaban a la entrada de este, su resguardo, acumulándose incesantemente, pues solamente servían de ida, no de vuelta. El enigma que percibe el director de la Biblioteca es ¿Cómo aprendieron a montar bicicleta en primer lugar?

¿Y si la bicicleta fuera la cura rotatoria que regenerase al individuo? Tal como se lo preguntaba Edmondo de Amicis, luego de su primera tentación. O ¿qué tal esté más cerca de la segunda tentación en la que aquel hombre enfermo andaba con gran dificultad en un triciclo, tal vez durante uno de sus últimos paseos, y, a pesar de los obstáculos y de las burlas, encontraba regocijo en montar su vehículo? Después de todo, la bicicleta, al igual que el sistema propagandista imperante, son tan seductores que es difícil eludirlos. Así pues, el indígena, análogo al hombre decadente en la segunda tentación de De Amicis, se ve extasiado frente al bombardeo mediático que representa esa sociedad tan extraña, tan ajena, futurista e imponente, tan llena de oportunidades como lo es la sociedad occidental. Le parecerán entonces, “miradas seductoras, sonrisas de promesa, y guiños de invitación amorosa a intentar la aventura”, independientemente de si luego pueda, o no, salir de aquella trampa mediática. O, tal vez, mientras, con una sonrisa a lo lejos, le dicen a su contemporáneo: “¡Tú te quedas atrás, lento!”

Los Nukak Maku son el último grupo indígena que ha entrado en contacto con la sociedad occidental. A pesar de que habían sido estudiados en la década de 1960, son desplazados fuera de sus territorios por las FARC-EP a finales de los años 80. Surgen, desde entonces, una cantidad de problemas, ya que los Nukak tienen un concepto muy borroso de propiedad. El choque cultural no se hizo esperar y, en algunos casos, varios indígenas y propietarios de fincas resultaron heridos.

Al estar acostumbrados a vivir en la selva y a aprovechar los recursos que ella les brinda, entrar a una sociedad capitalista no ha sido fácil para los Nukak. Los viejos quieren mantener sus tradiciones, aunque sabios ya casi no hay pues hace un tiempo se enfermaron y su población disminuyó. El contacto con el colono ha hecho que los jóvenes pierdan sus costumbres y pierdan, con el paso de los días, el interés de mantener las tradiciones por las cuales son tan reconocidos, como su cosmovisión o sus maneras: andar casi desnudos, pintarse la cara con achote, mantener el cabello corto —tanto las mujeres como los hombres— y, finalmente, sus tradiciones de caza. El interés en preservar la memoria se ha volcado en uno capitalista, el Nukak ahora busca dinero porque sabe que con él es “alguien”, y esto le permite acceder al mercado, por lo tanto, capitalistamente hablando, existir.

No sorprende que, al momento de pedirles una foto, exijan diez mil pesos. Tampoco sorprende verlos vestidos como nosotros, como los colonos, solo algunos mantienen la costumbre de raparse la cabeza y las cejas, casi ninguno se pinta ya. La tradición se pierde inevitablemente a cada paso que dan entrando en la sociedad occidental, pero, de alguna u otra forma, ellos quieren que sea así: los jóvenes no tienen interés en las historias de sus antepasados, historias que además promueven un modelo social que tal vez ya no es el adecuado para sus propios miembros.

El choque cultural de los Nukak, no solo con colonos sino también con otras etnias locales, ha hecho que no tengan mucha aceptación en la zona. Algunos indígenas de otras etnias comparten una misma visión sobre la problemática. Uno de ellos, al ser preguntado sobre la situación con los Nukak, responde, muy diplomáticamente, que el problema con los Nukak es que “ellos no respetan”.

||

Hay tres etnias trenzadas con fibras de cumare en la región del Guaviare: los Jiw, los Nukak Maku y los Tukano-Oriental. Todos ellos se dedican a la producción de artesanías que son comercializadas por los dos entes reguladores de la zona: El Fondo Mixto de Cultura y ASOAG. El primero tiene varias tiendas alrededor de la ciudad; la segunda tiene dos tiendas, una en el primer piso de la gobernación y la otra en el aeropuerto. Tuve contacto directo con ambas empresas, las cuales muy amablemente nos mostraron las artesanías. Una de ellas me dejó muy claro que no es posible llamarles artesanos a los indígenas, pues ellos no lo son; las cosas que hacen son para su uso diario, que el colono haya encontrado en ellas bonitas cositas para decorar su casita, no significa que pierdan su uso original como herramientas.

Los artefactos que se encuentran son varios, y cada uno de ellos tiene una función. No hay artículo que no tenga un uso práctico en su escenario original. Entre estos artefactos, encontramos el *matafrio*, que se usa en la separación del agua de la masa de la yuca brava después de ser fermentada, y que se usa en la producción de cazabe y fariña. Para la producción de estos alimentos también se utilizan los balayes, que son como coladores, o filtros, en los que también se puede poner a secar la harina de la yuca o amasarla con las manos. Además, están los canastos de distintas formas y tamaños; los chinchorros procedentes de distintas etnias; las pantallas tejidas por Jiw; las manillas de fibra de cumare, siendo las más reconocidas y aclamadas; las bandas Nukak, que en realidad se ponen en los pies, pues sirven como amuleto protector contra el ataque de serpientes durante sus largas caminatas en la selva. Además de estos, están otros artefactos que, más allá de un uso práctico en agricultura o en el diario vivir de los indígenas, sirven para dar cuenta de un fenómeno cultural, como lo son los atrapamujeres, cuya divertida historia nos contó Irma Pinzón del Fondo Mixto.

¿En qué momento estos artefactos pierden su función y se convierten en meros artículos de decoración que terminan en “nichos” dentro de las casas de nosotros, los occidentales, o decorando nuestros cuerpos? En el momento justo en que despojamos los artefactos de su cronotopo, estos se transforman para dar lugar a un objeto cuya esencia se ha perdido y pasa a ser un souvenir. Los objetos de los indígenas tienen una particularidad, sin embargo, un último recurso de resistencia a la homogenización la cual sufren los productos desde la industrialización, la producción en masa. Los indígenas, y particularmente los Nukak, viven en su día a día, no tienen una visión del futuro como la del occidental y, por eso, en el momento en el que las entidades que comercializan las artesanías, les solicitan un pedido de diez chinchorros para una fecha determinada, en esa fecha llegan con uno, les piden el pago de ese, y les dicen que luego traen otro, aunque eran diez.

Esto convierte cada artículo en algo único, dispendioso y esforzado para ser creado. Además de la simbología oculta en cada trence de canastos, manillas y bandas, cada uno de estos se transforma en un coleccionable invaluable para el occidental, aunque esto pasa desapercibido en la mayoría de los casos. El serial # 1 de una producción infinita no sería, entra al mundo de los números irracionales. Además, el trastorno obsesivo compulsivo no se hace esperar, el occidental recolecta objetos sin parar: apila, colecciona, archiva, cataloga, preserva, acumula e indexa. Repite el ciclo. Guarda cosas por guardarlas, así que ¿no somos todos en el fondo grandes apiladores de montañas de bicicletas?

Si revisamos los productos que pertenecen a lo que Eco llama cultura de masas, entonces podemos entender un poco mejor estas manifestaciones de la capitalista obsesión por la acumulación. Lo *Kitsch*, apreciado en gran medida por los “integrados”, y estigmatizado al ser teorizado por los “apocalípticos”, sirve como punto de partida para tejer la cultura de masas y las artesanías indígenas. Al igual que el paso de la biblia confeccionada manualmente durante el medioevo, a aquella reproducible xilográficamente, la cual sería llamada “biblia pauperum” al ser una biblia menor, las artesanías aún gozan del prestigio de ser *custom made*, hechas para un cliente en una relación artesana en la que cada objeto remite a un código de creencias y convenciones, tal vez incluso a un sistema de valores, como la creación de los artefactos por parte de mujeres de manera exclusiva. Esto, hasta que la entrada al mundo mercantil, inspiró a los hombres a dejar algo de su orgullo de lado, permitiéndoles a ellos también, crear sus artesanías a escondidas. Cosa inimaginable pues era tradición indígena que “mujer trabaja, hombre cobra”. Cosa alejadísima de la cultura occidental, o ¿no?

Sin embargo, estos objetos lentamente están pasando a ser parte cada vez más, de la masificación del producto. El cambio de un original a un artefacto sistematizado, masificado, de “fábrica”, hace que este se transforme, y su valor cultural se vea diezmado, como en el texto de Zaid, convirtiéndose en una copia de una copia de una copia, en la cual se pierde el sentido de lo original, por lo que el artefacto termina siendo una vulgar

imitación de un original ya olvidado, ya ignorado por la masa consumidora de lo *Kitsch*. Es una traducción mal hecha del Quijote a más de 50 lenguas, mal impresas, sin siquiera mencionar fecha ni lugar, “pero ostentan ya la primera característica de la cultura de masas, ser efímeros”.

La definición del mal gusto en el arte cabe perfectamente dentro de lo *Kitsch*: “es una prefabricación e imposición del efecto” (Eco, 1984, p. 80). Umberto Eco lo introduce así en su libro “Apocalípticos e Integrados”. Definiendo además lo *Kitsch* como “la pacotilla artística destinada a compradores deseosos de fáciles experiencias estéticas” (Eco, 1984, p. 81). Baratijas, copias, réplicas, imágenes de imágenes, llenas de mensajes redundantes que buscan la evocación de sentimientos por medio de una yuxtaposición de estímulos sensoriales y de significantes, sin profundidad, sin cuidar la esencia, sino la apariencia. Finalmente, lo *Kitsch* es un *Ersatz*, un reemplazo del original, pero fácilmente comestible.

Pero esto no es malo, en defensa de lo *Kitsch*. Eco se refiere a la definición que da Killy, en la cual esta estética es “el hijo natural del arte, que produce efectos de aquellos momentos en que sus consumidores desearían, de hecho, gozar de los efectos, y no entregarse a la más difícil y reservada operación de una fruición estética compleja y responsable” (p. 85). Finalmente, concluyendo que lo *Kitsch* necesita de un *Kitsch-Mensch*, quien “necesita una forma tal de mentira para reconocerse en ella” (Eco, 1984, p.87). Y, en gran medida, nosotros somos ese *Kitsch-Mensch*, cuando compramos las llamadas artesanías en las tiendas, donde ya, por ejemplo, el nudo tradicional de las bandas Nukak ha cambiado por el nudo tradicional de las manillas que venden en el Lourdes, todo para el placer y comodidad del cliente.

Paradójicamente, las artesanías que se consiguen en San José del Guaviare son ejemplo viviente del paso del artefacto con fines utilitarios a lo *Kitsch* y, luego, a ser un objeto digno de escrutinio. De *Masscult*, a *Midcult* y, finalmente, a un producto que será estudiado por la crítica.

En primer lugar, lo *Masscult* “aprecia la presentación formal, la eficiencia funcional, gozando así de una experiencia estética que no pretende, empero, sustituir otras experiencias “superiores” (Eco, 1984, p. 114). En otras palabras, es lo que es y su valor estético es intrínseco y proporcional a su uso cotidiano. Por lo tanto, es un objeto transparente, que no busca evocar sentimiento alguno más que el que produciría su uso: una banda como defensa contra el ataque de las serpientes, un instrumento para la producción de alimentos o una flauta para soplarla y producir sonidos, o en las coordenadas occidentales, un martillo para golpear un clavo y colgar un cuadro.

Luego, el objeto se pone a la venta al público en el Fondo Mixto o en ASOAG, y deviene *Midcult*, hija bastarda del *Masscult*, la cual dice más de lo que sucede, es más de lo que el objeto realmente es. Cumple con cinco características traducidas en: la simplificación

intertextual (se coloca la publicidad en el producto mismo, como los imanes de nevera), se aprovecha la popularización (no se arriesga, es opuesto a la vanguardia pero depende de ella), evoca sentimientos (enfatisa la función poética), se vende como arte (siendo una vulgar copia) y, más importante aún, se vuelve un objeto autosuficiente, que no invita a ser estudiado por su comprador, quien a su vez no desea estudiarlo. Los objetos *Midcult* se identifican con la divulgación, y, tal como el imán que tengo en mi nevera de cuando mi tía visitó Cuenca, el juego de los *pocos afortunados (happy few)*, evoca una forma de envidia, ya que visitar tal o cual ciudad se vuelve beneficio de pocos, deseado por muchos. Pero mi tía no visitó San José, yo también tengo mi felicidad, y una muy grande: la que me da la posibilidad de leer el objeto, dentro de su esencia funcional, hasta su devenir artesanal y finalmente como una valiosísima expresión cultural que dio vida a este texto.

Ahora, dejando de lado la anécdota familiar, surge la pregunta que dará continuación a la acumulación de conceptos en nuestra montaña de bicicletas y es ¿desde qué perspectiva se puede ver la problemática de los Nukak y cómo se podría conectar con la manufactura de artesanías y la transformación que estas sufren desde que son creadas hasta que son exprimidas de su esencia?

Una respuesta provisional, y que además concluye la parte anterior, es la que se puede apreciar luego de analizar los aspectos ya mencionados de lo *Kitsch*. Más allá de aborrecer las producciones artesanales, o de limitarse a ser un turista comprando objetos evocadores de sentimientos, el paso de la artesanía a ser un objeto de estudio significa que su estética y su proceso completo pueden llegar a ser apreciados. Entonces, descubrimos que tanto el problema como la solución ya han sido planteados en términos de una “comunicación cultural equilibrada”, la cual no consta en la abolición de la venta de los productos indígenas, ni en el sentido contrario, la prohibición de los objetos occidentales a la población indígena; sino en la dosificación de los mensajes, de la propaganda, de las tal vez mal llamadas artesanías, del uso de la imagen tradicional de los grupos indígenas vendidas como si fueran mercancía, al mejor postor.

En últimas, ¿hasta qué punto se ha falsificado la imagen de las artesanías, desde su origen práctico, hasta su devenir decorativo? La falsificación de un original, el acercamiento a la producción en masa, la occidentalización de los productos y la mutación propagandística de la cultura de masas, hasta el punto de vender cualquier tipo de producto utilizando la imagen del pueblo y de las tribus, mientras por otro lado se les rechaza pública, aunque silenciosamente.

Pero esto no es todo, y esta respuesta provisional es simplemente eso. A lo largo de este texto, se busca responder cada vez con mayor profundidad esta pregunta. De hecho, el primer acercamiento que se aborda son las artesanías en sí, no fue sino resultado de la investigación etnográfica que se realizó en el lugar que apareciera como protagonista la problemática social de los Nukak. Pero no es una coincidencia. Los grandes estudios

antropológicos comenzaron con un robo, y el de bicicletas no fue el único. Varias anécdotas nos acompañaron desde nuestra llegada a San José, después de todo las anécdotas son tan importantes para las ciencias humanas que son su objeto de estudio. Por eso, se volcó la mirada hacia un punto de fuga en el horizonte, al cual, paradójicamente, entre más nos acercamos, más lejano se veía.

### III

Tal vez el robo de una bicicleta, de un achote, de una fruta o de una vaca, no sea significativo, pero sí puede ser molesto. Hay tres aspectos importantes por estudiar acá, el primero tiene que ver con el concepto del robo en sí; el segundo, con el objeto que se roba; y, el tercero, con la cantidad robada. El robo no tiene cabida dentro de la sociedad Nukak, todos los objetos que ellos consiguen les son dados por la naturaleza o son cazados por ellos, en el momento en que un Nukak toma un fruto de su árbol, ya es de él, independientemente del propietario de la tierra donde el árbol haya estado. No tener concepto de propiedad en un mundo feudal como lo es el mundo actual es un problema gigantesco, irreconciliable en primera medida, y la única salida aparente es la defensa de lo mío por la fuerza. Una situación un poco a la *The Walking Dead*. Los supervivientes de un holocausto zombi se alejan de la civilización y retornan a un estado más primitivo, nómada y de recolección de recursos, mientras deben defender su territorio, extensión misma de sus vidas, por medio de las armas. En este caso ¿quiénes son zombis y quienes son los sobrevivientes?

Más allá de esto, es la manera de vivir el día a día lo que anula el concepto de propiedad, o lo hace tan difícil de entender. Ellos no tienen la prisa por llegar a ninguna parte: epidemia reconocida y aceptada en el mundo occidental. Cuentan con tiempo de bañarse en el río, de caminar y de conversar. Van a pescar, a cazar con sus cerbatanas, viven el momento, toman esto y aquello porque ayer ya fue cultivado y mañana volverá a la naturaleza según el ciclo de la vida. La vivienda de los Nukak es un perfecto ejemplo de esta visión: pasajera, intermedia, usada por pocos días, y luego abandonada, vivienda de nómadas (por un período de tiempo suficiente para que la selva vuelva a cubrirla y tupirla de nuevo de frutos que esperan su regreso en los interminables ciclos de su nomadismo y construir allí, o cerca, otra vivienda que les garantice un hábitat rico en flora y fauna silvestre que es la base de su subsistencia). Por eso no se les puede pedir que respondan por los artículos que se han robado, porque por derecho eso es de ellos, esté o no dentro de su territorio. Además, desde un punto de vista más holístico, ¿no es el colono igual en ese sentido?, ¿no llega, toma lo que necesita, y luego se va? Hasta cierto punto lo es, la diferencia es que las huellas que dibuja el colono en la tierra graban con sangre blanca, roja y verde, una marca registrada, una propiedad privada: ¡Es una locura, como si la tierra pudiera tener dueño!

El segundo aspecto, el del objeto en sí, es un campo más curioso y que debe tener mayor escrutinio si desea llegarse a una conclusión válida que se acerque lo suficiente a ambos bandos, siendo uno el de los Nukak y el otro el de los propietarios. En primer lugar, se tratará el objeto robado desde el punto de vista del propietario, ya que, desde el punto de vista de los Nukak, la cosa es mucho más complicada.

Cuando visité la morada de Don Graciliano Lima, él me contó una anécdota que tenía que ver con los Nukak tomando unos achotes que él mismo había cultivado. La anécdota, más allá de ser graciosa, es cruda. Graciliano es un indígena Tukano-oriental, quien se sustenta junto a otros miembros de su familia de la creación de artesanías y artefactos para ser usados por sus compadres. Los indígenas como él son pocos, entre los Nukak Maku y los demás pueblos indígenas, incluyendo los Tukano, tradicionalmente las mujeres son quienes se dedican a la artesanía. Graciliano es un creador de instrumentos musicales, de chinchorros, de bolsos, de canastos, de balayes y de muchas más cosas. Como él solamente hay seis o siete personas que conocen la tradición, y la conocen desde siempre, desde antes de llegar a Colombia. El punto es que él había sembrado unos achotes para poder pintar algunas de estas artesanías, pues se utiliza el jugo del achote como tinte para las fibras a ser trabajadas. Un día se levantó y vio como un grupo de Nukak tomó sus achotes y los echó todos en un costal, no era uno, ni dos achotes, eran decenas. Él les hizo el reclamo. El principal argumento fue que precisamente él había plantado y cosechado estos achotes, no ellos; el contraargumento fue simple: es que usted no lo necesita, porque usted no se pinta la cara. Y prosiguieron a llevárselo.

El achote tiene un uso para ambos lados del problema, no obstante, el objeto fue despojado de su dueño original y tomado de manera abusiva con el argumento de que como Garcilaso no lo usa, entonces no lo necesita, ergo, ahora puede ser mío. En la sociedad occidental esto no siempre es así, pero se refleja en algo tan sencillo como el uso del transporte público en la capital colombiana, o del mal manejo de los recursos públicos en sí, como lo señalaba, hace unos años ya, quien fue candidato presidencial, Antanas Mockus: no hay respeto por lo público. En este caso, no solo no hay respeto por lo privado ni por lo público, ni por un carajo, peor aún: ¡No hay respeto por la visión del mundo del otro en ninguno de los dos casos! Al igual que en la conquista, ninguno de los dos pueblos se ha visto, así pues, de entrada, es muy difícil ponerse en la situación del otro.

El tercer aspecto es clave ya que, en la sociedad que vivimos, el robo de una uva no es nada grave; de un racimo, puede serlo; de todo el establecimiento expendedor de frutas, se configura un crimen. Claro que depende de quién sea el ladrón, o a qué escala social pertenezca, o en qué barrio viva; la gravedad del crimen es, en últimas, relativa. Esto, sin contar con que el acto está mediado por el grado de violencia que lo acompañe. Por eso, quien roba con inteligencia, es menos delincuente y más digno de idolatría, que aquel que roba por la fuerza. Caso curioso, el primero está dentro de lo llamado "malicia indígena" o viveza, la *majinga* se vuelve ley y verdugo, entonces, ¿a qué jugamos?

En esencia, el acto existe independientemente de su escala. Pero el efecto del acto sí depende de la escala. El factor sorpresa radica en esto, no solo en los robos, sino también en otra cantidad de actos negativos como los asesinatos, violaciones, desplazamientos y demás que puedan darse. En un pequeño número, pasan desapercibidos, mientras que, en un gran número, se vuelven escandalosos, y pueden incluso invitar a un cambio proporcional en la mente de la gente, ya sea que este cambio apunte a la creación de más violencia o destrucción o a la implementación de actos positivos por parte de la sociedad. Sin embargo, este último tiene su punto débil.

Los actos positivos, sin importar su escala, suelen pasar desapercibidos en el colectivo humano, a menos que afecten a una población en particular: los medios. Estos son quienes pueden glorificar o llevar al suelo un acto de generosidad o desinterés. En este caso, los medios son informales: somos nosotros. Los investigadores, los que visitan el pueblo, los que animan o condenan las prácticas de los otros, los que juzgamos positiva o negativamente el actuar y las formas de ver el mundo de los demás. Esperar la participación, más aún la participación constructiva, de los medios masivos, es esperar lo imposible.

Como conclusión de este apartado, el de los robos, se puede decir que es difícil buscar cobijo bajo alguna de las dos alas, cuando al hacerlo se pasa por encima de los demás, de sus estándares culturales, sociales, económicos e incluso religiosos. Lo cierto es que la problemática va mucho más allá de un simple "robo", la concepción de nociones utilitaristas que, para nosotros, herederos del catolicismo, del pensamiento canónico occidental y del capitalismo imperante, puede ser vaga, abre un abanico de posibilidades, al encontrarse con una forma de ver el mundo que hasta ahora está entrando en el juego utilitarista, que hasta ahora se está adaptando a ese mundo al que estamos acostumbrados.

Tal vez a continuación me ponga en contra de los Nukak, pero solo será por un momento. Según Mónica, una indígena Nukak que decide abandonar su grupo cultural y pasarse al occidental, los Nukak tienen muchas ayudas por parte del estado, y de un tiempo para acá estas ayudas se han transformado en mercancía. Así como es terrible que un político de la costa pacífica no entregue la bienestarina que se envía a un pueblo en situación precaria, en este caso, el gobierno y ONGs otorgan alimentos a los Nukak, quienes lo venden para comprar trago o para comprar lo que necesiten. Mónica es consciente de esto, y sabe que está mal, pero sabe que ella no puede hacer nada porque de todas formas los "líderes" Nukak no escuchan, más bien hacen lo que quieren, y, con el deslizamiento de los jóvenes hacia la cultura occidental y al mercantilismo, creo que hay más posibilidades de que esto siga así a que cambie.

Todo tiene su contraste, y ver a un Nukak en la calle no es sencillo. Al visitar el coliseo cubierto, en el que se queda un grupo de esta etnia, impresiona ver las condiciones en las que se están quedando allí. Se pensaría que tal vez todos los recursos que se consiguen y que son dados a las familias no son suficientes. Y posiblemente no lo son, pero tampoco

es tan sencillo: cada 15 días, trabajadores humanitarios les llevan alimentos, escasos y nada parecidos a su dieta, con lo que es frecuente que padezcan diarreas y malnutrición. Los niños piden limosna, y todas las “ofertas” de ayuda y proyectos para los Nukak, que en su día hiciera el gobierno de Colombia, junto con otros organismos locales e internacionales (ACNUR y una ONG como SURVIVAL), no han dado frutos. Ahora, esto sumado a una influencia negativa de los colonos frente a los Nukak en sus territorios otorgados, abre un abanico de problemas.

#### IV

Cerca de San José hay una base militar que no debería estar allí. De unos meses para acá, y según Mónica, desde hace años, los lugares que son otorgados a los Nukak como asentamientos han estado cerca de colonos y de ciudades principales, tal vez con los problemas anteriormente mencionados. Más importante aún, la base militar no debería permanecer ahí, pues, como consecuencia de los abusos de diversos tipos (entre ellos sexuales), cometidos por los militares hacia la población Nukak, e indígena en general, fue sentenciada a ser desmantelada y a que se retiraran a las fuerzas militares de este sitio. La orden misma vino de los altos mandos del gobierno, y como en muchos otros conflictos “geográficos”, la orden fue ignorada con el único fin de mantenerse en un lugar privilegiado, sin importar el daño que pueda ser causado al otro.

Este daño, sin embargo, es bilateral, aunque alguna de las partes no sea consciente. El ser humano aprende en gran medida por imitación y por repetición, a su vez por transmisión e interacción cultural. De por sí, estas frases deberían ser lo suficientemente graves, pero añadiré otra: el ser humano pierde la credibilidad en la autoridad, cuando esta se muestra arbitraria, cruda e insensible. Y no puedo decir nada más al respecto, simplemente espero que sus tripas se retuerzan solas, al pensar en todas las posibles consecuencias.

#### V

O el otro está dentro de un mundo autosuficiente, aislado de una gama variada de mundos ajenos, o, por otro lado, está inmerso en la naturaleza del pensamiento lógico racionalizado. No hay más opciones. ¿Puntos medios? tal vez.

Las artesanías son una especie de puente entre culturas, incluso en el camino que recorren desde su producción, llamémosla, preartesanal, original, autóctona, hasta el momento final en el que integra el “nicho” del occidental. El objeto en sí está sumido en un mundo mercantilista del cual no puede escapar. Veámoslo como un animal silvestre sacado de su ecosistema, pero transportado al zoológico local en donde está, casi, en su lugar. El artefacto se convierte en el momento de su transporte al igual que el animal, en un visitante de tierras extrañas que se manifiestan como propias.

Indígenas, invitados a una feria en el occidente del país, parecen cansados y sedientos, son convidados con agua embotellada por los asistentes a la feria, y no la reciben. Esta oración está autocontenida en un mundo que, inicialmente, parece extraño. El indígena parece rechazar el agua a pesar de las circunstancias. Todo apunta a que el indígena, en su conexión cósmica con la tierra, la naturaleza y los cauces nacidos en las montañas puras e imperturbables por el hombre, rechaza el agua embotellada, a su vez expresando, tal vez, una posición política frente a la mercantilización del recurso natural por excelencia.

El asistente de la feria no entiende por qué el indígena no recibe su agua. Más aún, cuando parece recibir la misma agua embotellada de quienes parece trajeron a los indígenas en primer lugar. El indígena baila, canta, hace sus rituales ancestrales, viste y, más importante aún, es indígena, aunque el asistente ignora que en la ciudad de la cual vienen, ya no visten, casi no bailan ni cantan, y hacen sus rituales ancestrales, pero los mezclan con otros rituales no tan ancestrales. El asistente a la feria busca hacer que el indígena se tome su agua a toda costa, entonces, pregunta a los organizadores por qué el indígena no recibe agua embotellada. Los organizadores, entonces, explican al colono ignorante que los indígenas se niegan a venir a la feria, a bailar, cantar, vestir y ser, si no reciben aguardiente. El asistente a la feria embotella aguardiente y le da al indígena. El indígena y el asistente a la feria están felices.

Tranquilos, no es una burla a ninguno de los dos bandos, es una invitación a una reflexión muy sencilla: la premisa del *zero conditional* —“el dedo que se corta sangra” o la de “el fuego quema” —, ubica entonces la situación en un marco de igualdad inexorable. El indígena es humano, el asistente a la feria comparte esto, aunque parece no darse cuenta de primera mano. Ambos están regidos por reglas sociales, culturales, morales, jurídicas, etc. Aunque, tal vez pocas (o muchas) de estas reglas apliquen al otro a quien se están “enfrentando”, no en el sentido bélico, en el sentido literal de estar frente a frente con alguien.

Este juego, consecuentemente, da cuenta de las expresiones culturales que surgen en los llamados *no lugares*: Disneylandia, los zoológicos, las ferias y los carnavales. Recuerdo la historia de un amigo mío, músico, quien relata la particularidad de ir a tocar en fiestas de la “alta sociedad”, y de cómo, en una forma de carnavalización negativa del cuento de *La Cenicienta*, esta “alta sociedad”, luego de pasada la medianoche, y después de varios traguitos, se vuelve indefinible, y cercanísima a lo que ellos mismos llaman “el pueblo”. Lo cierto es que estos mundos paralelos, carnavalescos, ponen entre paréntesis la vida “civilizada”, la tortuosa cotidianidad, llena de presiones y estándares, de leyes y actos rituales; y dan paso a un mundo de ensueño, en el cual, tal y como en Disneylandia, la hiperrealidad del no-lugar, que finalmente es un no-momento, supera la ficción exponiendo lo ridículo y lo contradictorio de esos actos rituales en los que están sumidos.

Hasta el momento, suena paradójico que una base igualadora como lo *ser humanos* nos separe tanto a los unos de los otros, que parece que todos somos seres provenientes

de distintos planetas. Mas, tanto el colono como el indígena, han entrado en comunión sagrada al pie de la producción y el consumo lúdico del licor. Ya no son tan ajenos el uno del otro, mucho menos cuando en sus conversaciones posteriores aprendan que los actos rituales de los unos, en esencia, son similares a los de los otros. Entonces, dos mundos colisionan y no hay lugar donde esconderse.

Es importante destacar que estos actos carnavalescos preservan el *statu quo* de las sociedades, y en el ejemplo de los indígenas que van a hacer rituales a otras ciudades, o en el caso opuesto, el de los turistas que van a convivir con ellos en su "ecosistema" por unos días, tan solo para confirmar su superioridad racial, vemos cómo la comunicación cultural no está equilibrada, cómo no se ven los unos con los otros, y cómo es necesario adquirir una actitud diferente al encarar situaciones de interacción cultural.

Consecuentemente, las artesanías son, al igual que las lenguas, puente entre culturas. Independientemente de mantener o abstraer el significado original del objeto, una cultura perdura en la otra, y el intercambio de artesanía por dinero, ya conecta dos mundos tan diferentes aparentemente. Cortés decidió ignorar estas ofrendas, esta conexión positiva con los pueblos aztecas, decidió derretir las ofrendas de oro y apilarlas en una montaña de lingotes, aumentando su riqueza material, reduciendo todo otro tipo de riqueza. Los aztecas se dan cuenta de la avaricia que rodea a los conquistadores, se molestan con ellos, los dioses pierden su estatus, pasan a ser la más ínfima forma de vida, aunque siempre lo han sido. Cortés dio paso a una conexión negativa en la que las consecuencias son bien conocidas: con el fin de colonizar las tierras, más allá de tomar las vidas de miles de indígenas, el famoso conquistador fue consciente de que, para eliminar la competencia, no era suficiente la guerra, el genocidio, sino que era necesario el dominio lingüístico: cortarle la lengua a sus enemigos.

Establecer conexiones positivas, como no pudo hacerlo Cortés, debería ser el objetivo principal de la mercantilización de las artesanías. Incluso, la foto de diez mil pesos al lado de un indígena Nukak no suena a mala idea cuando ambas esquinas sincronizan un *Knock Out*, que, a pesar de la incomodidad económica, o moral, que pueda presentarse, finalmente, favorecerá a ambos. El Nukak va a tener entonces qué comer, qué vestir, qué mostrar, dentro de una sociedad que precisamente busca eso y yo, bueno, yo tengo una foto que vale más que mil palabras, pues más temprano que tarde, esa foto será irrepetible.

¿Qué tiene de malo que el indígena se acerque un poco a la cultura del colono? ¿Por qué esta relación parece ser unidireccional, y con una clara inclinación hacia el colono, en la mayoría de los casos? ¿Por qué el colono puede comprar una artesanía indígena sin consecuencias negativas, mientras el Nukak no puede comprar un celular de última tecnología sin dejar de lado su "pureza y su tradición ancestral"? Son preguntas que quedan abiertas. Los invito, lectores, a responderlas.

## VI

Supersincretismo y polirritmo son conceptos de los que habla Benítez-Rojo en *La isla que se repite*. En este caso, son igualmente válidos: El supersincretismo es la forma en que se han adaptado los distintos aspectos de los pueblos "originales" (en el caso de Benítez-Rojo, los pueblos del caribe), a las imposiciones de los colonizadores, llegando a la adopción de una nueva forma, original, pero al mismo tiempo originaria de los pueblos ancestrales; todo esto con el fin de mantener viva la tradición al mismo tiempo que busca abrirse al mundo para darla a conocer. El polirritmo, que a su vez proviene del ritmo, es todo aquello que es inherente a la persona con respecto al ritmo o ritmos internos que buscan exteriorizarse de forma corporal o artificial, con el fin de transmitir un sentimiento propio del ritmo mismo, a la vez que busca interrumpir este ritmo, cambiarlo, quitarle la continuidad, cortar el flujo.

El papel del Nukak es el de entrar en un mundo establecido, aunque para esto deba trivializar sus prácticas, simplificarlas; todo con el fin de agradar al ser globalizado, trivial, superficial. Las comunidades indígenas apuntan a un supersincretismo, pero a su vez lo sufren, el desarraigo de la tradición no siempre es un cambio positivo, mucho menos un cambio sencillo. Los pueblos del caribe, de los que habla Benítez-Rojo, han tenido que estandarizar sus prácticas para que el occidental, interesado en estas, pueda de alguna u otra forma participar de ellas. Así no lo haga tan bien, así no lo vaya a hacer por el resto de su vida, es necesaria una interacción temporal en la que el blanco no se sienta blanco.

Es tal vez una tentación en la que caemos todos, cuando aprendemos que hay algo más allá de lo que el ojo ve, la curiosidad que nos causa, la complejidad que le atribuimos y el exotismo del asunto. Tal vez todo sea un espejismo, pero queremos saber si ese espejismo nos reconoce como seres reales, tal vez superiores. La salida se puede convertir entonces en un juego de poderes en el que el observador tecnócrata se siente dios al ver cómo el "atrasado tecnológico" vuelve a prender fuego con palitos y varitas. Pero ¿no es acaso un acto humilde por parte del investigador meterse a ver si él también puede prender fuego en la obsoleta y anacrónica hoguera del esfuerzo físico, tan ajeno para él? No lo es. En esta dramatización, el investigador se ha "rebajado" al punto al que ha rechazado sus ayudas tecnológicas temporalmente, para imbuirse de la suciedad, el sudor y la dificultad de encender el fuego, como lo harían los ancestros de sus libros. El etnógrafo que tiene esta actitud no puede sino ser hipócrita frente a su objeto de estudio, pero la pregunta no se hace esperar ¿Qué actitud es entonces la adecuada? No existe, pero propongamos una pequeña situación como ejemplo.

El reconocimiento de mis faltas y virtudes por parte del otro es un buen comienzo. Cosifiquemos una virtud y luego deconstruyámosla: el investigador se acerca a los lugareños y les ofrece un encendedor, con el cual la comunidad enciende el fuego ahorrándose

largos y tediosos minutos. El tecnócrata ha triunfado. Pero también es consciente de que él volverá a su ciudad, y el ser ancestral ya no tendrá acceso a su encendedor. Entonces, no solo deja su encendedor en la comarca, sino que le enseña al otro donde puede comprar uno, cómo usarlo y los beneficios de ello. El indígena no puede sino estar agradecido, entonces le enseña al tecnócrata a encender fuego a su manera, solo en caso de que algún día, lejos de su ciudad, de su tecnología y de su ilusoria civilización, lo pueda necesitar. Pero en esencia, el indígena le enseña algo al tecnócrata que este no necesita, que significa trabajo y recursos extra, ajenos a su esfera de consumo. Uno parece haber reconocido en el otro las faltas y virtudes, mientras el segundo confirma de nuevo su superioridad dentro de su propia esfera, al exponerse a la difícil e impráctica forma de vida de aquel sujeto exótico, como los falsos etnógrafos del continente perdido en las Mitologías de Eco. Sin embargo, es innegable que ambos actores han transformado sus respectivas experiencias del mundo.

Este sería un acto supersincrético, muy formal, aunque trivial, que, sin embargo, a pesar de su pequeña escala, guarda un sinnúmero de inimaginables consecuencias. El impacto ambiental, la pérdida exponencial de la tradición de encender el fuego “a mano”, pero también la practicidad del uso de la herramienta, la experiencia de entrar en una sociedad mercantilista que comercia con algo tan esencial como lo es el fuego. La obsolescencia de las prácticas ancestrales para dar paso a otras, ajenas, termina siendo una consecuencia de enormes proporciones. Pero esto no lo es todo, esto es la punta del iceberg.

El occidental no tiene el derecho de jugar a ser dios frente a “los otros”, a quienes considera un niño eterno. Ni tampoco tienen los indígenas la potestad de entrar enteramente en el mundo occidental, cuando de por sí no son cobijados por las mismas leyes que el ciudadano común. Es gracioso e irónico, que esta forma de ver al otro como un niño eterno, dentro de un cuarto esterilizado, llega a los altos niveles políticos en los cuales sería impresionante, más allá de extraño y prácticamente inconcebible, que un indígena llegue a ser, por ejemplo, presidente, y no es extraña la mofa que consigue un presidente de estas características como Evo Morales. Pero más gracioso aún, es que el occidental sea víctima de sus propios inventos, cuando decide darle un trato pueril al otro, y luego este, con astucia digna de niños y de indígenas, roba las galletas de lo alto del gabinete al que se le había prohibido acercarse. Más tarde, cuando el occidental llega a casa, se da cuenta de que ya no están, pero también de que sus reglas le impiden castigar al niño, malcriándolo.

El polirritmo, por su parte, es un poco más crudo. Se manifiesta cuando, una vez se han adaptado las formas ajenas y las propias con ayuda del supersincretismo, aquel sujeto “original” tiene un problema, el cual es entenderse a sí mismo, mientras entiende a los otros. Todo al tiempo, en alguna especie de heteroglosia (porque el otro, el occidental, siempre será superior) que debe representar una gran presión cultural y psicológica. Y, sin

embargo, logra destacarse de alguna u otra forma en algún tipo de acto de resistencia, incluso si este acto no es expreso, tal y como las artesanías.

○ tal vez, es tal y como estar en un salón de clase. Cada estudiante llega con sus concepciones de mundo, a enfrentarlas a las de su maestro, quien, gracias a sus peripecias pedagógicas, logra señalar los errores y convencer al estudiante de que su pensamiento es o no tan acertado como este querría. El estudiante entonces, en el peor de los casos, resulta uniformando su propio pensamiento con el de su maestro, y en el mejor, logra complementar sus saberes con aquellos de su profesor. El profesor y el estudiante entonces, en ambos casos, resultan producto de un intercambio y sus saberes el medio para este. Pero, en el fondo, el maestro siempre será superior que su estudiante, entonces en su afán por destacar, por maquillar la falta de experiencia con el rubor de su terquedad, el estudiante se rebela contra su profesor, le lleva la contraria, y paradójicamente, termina escribiendo textos académicos con gran gusto.

## VII

Finalmente, no espero nada de este escrito, sino que vuelva a la tierra de donde ha venido, ya podrido, a convertirse en suelo feraz de futuros escritos que son semillas.

Espero hayan sentido la incomodidad y la ofensa del texto, y los juegos que en él se hallan. Este caos académico en el que el texto está sumido no pretende sino cuestionar a ese mismo ser acumulador de conocimientos, de información, de imágenes, de copias, de videos, de URLs y de fotocopias, llamado académico, ya sea estudiante o profesor. Robar, imitar, falsificar y demás en esencia también son formas de intercambio, que no se pueden ver de manera apocalíptica, grandes obras de la literatura son pastiches, imitaciones o plagios de otras más antiguas y menos famosas. Todo esto, con el fin de dar cuenta de que, en el fondo, tú y yo queremos formar esa montaña de bicicletas, de chatarra teórica que a veces ni sentido tiene y que solo sirve para el viaje de ida. ¿Y el regreso?

El regreso también es este escrito, y dejarlo tal y como está sería pecado. Por eso, lector, lo invito a que me cite, pero no me nombre por favor, porque así, anónimo, debería ser el conocimiento, ya sea poco o mucho, así como la tierra. ○ más cotidiano aún si se quiere: los equipos de fútbol, los achotes, las Margaritas y las Julianitas, los Juanitos y los Mengañitos, los indígenas y los colonos. Todos son protagonistas de su propia historia, pero todos toman lo que necesitan de las otras, para ser más ricas, más masivas, más masticables, más duraderas, mejor consumibles, pero también, más libres.

En lo personal, espero haber cumplido con mi objetivo de acercarlos un poco más a lo que consideramos, nosotros los occidentales, eso tan exótico y desconocido. Todo con el fin de darnos cuenta de que no lo es, es mucho más cotidiano de lo que pensamos,

trivial si no se estudia, pero peor aún sería no mirarlo. En conclusión, y tal vez haciendo buen uso de un robo, poniéndole un antifaz al texto de un gran pedagogo, me atrevo a decir que, a diferencia del que se adapta simplemente porque le interesa o porque se ve obligado a hacerlo, el asistente a la clase de estudios culturales pone en comunicación diversas tradiciones culturales, transportando elementos de verdad y de moralidad entre ellas. E, idealmente, lo hace sin imponer la prevalencia de una de ellas sobre las otras. Es posible entender entonces por qué la situación colombiana requiere de estos estudiantes y por qué, en algún grado, los (re)genera.

## Referencias

- Assmann, J. (2005). El lugar de Egipto en la historia de Occidente. *Teoría de la cultura, un mapa de la cuestión*. Fondo de Cultura Económica.
- Augé, M. (1998). *Un etnólogo en Disneylandia*. Gedisa.
- Bajtín, M. (año) *Carnaval y Literatura*. Universidad de Chile.
- Barthes, R. (1999). *Mitologías*. Siglo XXI editores.
- Benítez-Rojo, A. (s.f.) *La isla que se repite: para una reinterpretación de la cultura caribeña*. [www.cervantesvirtual.com/obra/la-isla-que-se-repite-para-una-reinterpretacion-de-la-cultura-caribena/](http://www.cervantesvirtual.com/obra/la-isla-que-se-repite-para-una-reinterpretacion-de-la-cultura-caribena/)
- De Amicis, E. (s.f.) La tentación de la bicicleta. *El Malpensante*. [http://elmalpensante.com/articulo/2621/la\\_tentacion\\_de\\_la\\_bicicleta](http://elmalpensante.com/articulo/2621/la_tentacion_de_la_bicicleta)
- Eco, U. (1984) *Apocalípticos e Integrados*. Editorial Lumen.
- Mockus, A. (1994). Anfibios culturales y divorcio entre Ley, Moral y Cultura. *Análisis Político*, (21), 37-48. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/anpol/article/view/75587>
- Todorov, T. (1991). La conquista vista por los Aztecas. *Las Morales de la Historia*. Paidós.
- Zaid, G. (2000). Cultura y Calidad. *Letras Libres*, 24-25. [https://letraslibres.com/wp-content/uploads/2016/05/pdf\\_art\\_6140\\_5804.pdf](https://letraslibres.com/wp-content/uploads/2016/05/pdf_art_6140_5804.pdf)